



DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

28 de octubre de 2.007

LOS FRUTOS DE LA ORACIÓN HUMILDE

“Para adquirir las virtudes necesarias que había de tener para ser un verdadero Misionero apostólico conocí que había de empezar por la humildad, que consideraba como el fundamento de todas las virtudes”. (Aut. 341)

“Ya desde un principio conocí que el conocimiento es práctico cuando siento que de nada me he de gloriarse ni envanecer, porque de mí nada soy, nada tengo, nada valgo, nada puedo ni nada hago. Soy como la sierra en manos del aserrador.” (Aut. 348)

“Así era como de mí los trabajadores recibían siempre la corrección con humildad y enmendaban; y el otro compañero, que era mejor que yo, pero que no había recibido del cielo el espíritu de dulzura, cuando había de corregir se incomodaba, les reprendía con aspereza y ellos se enfadaban y a veces ni sabían en qué habían de enmendarse. Allí aprendí cuánto conviene el tratar a todos con afabilidad y agrado, aun a los más rudos, y cómo es verdad que más buen partido se saca del andar con dulzura que con aspereza y enfado.” (Aut.34)

El domingo pasado era el la viuda y el juez injusto, hoy en el eclesiástico son el huérfano o la viuda quienes elevan su petición, pero ante el Justo Juez.

El mismo Pablo confía en este Juez, el que le entregará la corona merecida por toda una vida anunciando el mensaje del Señor, sin guardarse nada para él mismo, sin ocultar nada que le pudiera hacer más fácil su predicación. Puede resultar pedante, puede recordarnos al Fariseo que se planta ante Dios en el Templo para recordarle todo lo que hace por cumplir su ley. Hay dos profundas diferencias: en el origen de todo lo que ha hecho y dicho, Pablo reconoce claramente la presencia de la fuerza y la ayuda del Señor; y toda su voluntad estaba orientada a un solo objetivo: dar gloria a Dios, no a sí mismo. Y esto es lo que hizo posible que llevara este mensaje

hasta los gentiles.

¿Qué cabe censurar al fariseo que se tiene por justo y que desprecia a los pecadores? No hay en su vida robos, ni injusticias, ni adulterios. No hay menosprecio de la ley por pequeño que sea su mandato.

No hay morosidad ni puño cerrado a la hora de cumplir con los diezmos. Y, sin embargo, su biografía, por mucho que parezca encarnar la justicia, está aún muy lejos de realizarla según el designio de Dios. La sociedad, los otros, los demás, la suerte de sus prójimos no entran para nada en su vida, salvo para marginarlos y despreciarlos. Hay aquí un pecado de autosatisfacción, ciertamente; pero hay, antes que nada, una falta grave de solidaridad, y la justicia de Dios, más allá de los derechos, exige una rotunda afirmación de interés solidario para con todos los componentes de la familia humana.

Pensemos:

*Si vivimos nuestra fe como un simple código de normas, sacando a relucir las medallas al mérito que tenemos, sintiéndonos los mejores y los auténticos... somos como el fariseo

*Si nos sentimos sostenidos por la mano de Dios, si buscamos en el trasfondo de todo lo que hemos realizado a Dios, si intentamos vivir y pensar en Dios sin comparaciones... seremos como el publicano.

Posiblemente no nos venga mal una cierta dosis de inseguridad en nuestras propias fuerzas, en nuestra sabiduría; para buscar en Jesucristo esa fortaleza y ese don del conocimiento, en Él que es el único totalmente justo ante Dios. A Dios se le gana desde la humildad, desde la sencillez, no desde la prepotencia; y a los demás también se les gana así, si es que queremos ganarlos para el

Señor, si no pretendo hacerlos algo para mí, ponerlos a mi servicio, a mi alabanza, a mi capricho...

María sabe bien lo que significa reconocer que si Dios ha actuado en ella no es porque lo hubiera conseguido por sus méritos; sino que fue precisamente su pequeñez la que hizo posible que el Padre se fijara en ella y la eligiera. Pidamos al Señor que nuestra única inquietud sea la de buscar como ser auténticos discípulos y testigos de su amor.

DIOS HABLA

Lectura del libro del Eclesiástico 35,12-14.16-18.

El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no ceja hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

Comentario: El fragmento pertenece a un libro, designado Eclesiástico. Este nombre es indicio de su estima en la Iglesia; indica que nuestro libro fue muy utilizado en la liturgia y oración por la comunidad cristiana. En algunas biblias todavía aparece una extraña sigla: "Si", la sílaba inicial de una palabra griega: "Sirácide". La nomenclatura alude al título y autor del libro: "Sabiduría de Jesús, hijo de Sira". El libro del Eclesiástico es una meditación sobre los grandes temas teológicos que han atravesado la historia de Israel. En tono reflexivo se ofrecen, como vivo reclamo, para que sigan alimentando la fe del pueblo. Uno de esos pilares es la fe en un Dios justo. Pero conviene decir, matizando, que la justicia de Dios en la revelación bíblica no alude a una justicia retributiva: "dar lo merecido por las obras", sino a una acción salvadora. Dios muestra su justicia, especialmente hacia los pobres, los que no tienen defensa ni ayuda. Dios está por ellos, los cuida y protege. Esta creencia en Dios justo y salvador, en su infinita compasión, es la roca inquebrantable de la historia del pueblo, y en donde debe seguir apoyándose si quiere sobrevivir. No puede olvidarse que así comenzó su larga historia de liberación. En su origen hubo un Dios que escuchó sus gritos: "Oyó Dios sus gemidos, y se acordó de su alianza" (Éx 2,23). Así lo ha experimentado el pueblo de continuo en su largo devenir: "Dios no hace acepción de personas ni admite soborno, hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al forastero" (Dt 10, 18). Los gritos del pobre "atraviesan las nubes", es decir, llegan hasta Dios, lo alcanzan y le tocan el corazón. Para animar la esperanza de los más pobres, para que su oración

no cese, el fragmento ofrece una poderosa razón: Dios es "juez justo y hace justicia", a saber, escucha con agrado, recompensa generosamente y salva.

Salmo responsorial (33)

R/ Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

- Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

- El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. R/.

- El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. R/.

Lectura de la 2ª carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 4,6-8.16-18

Querido hermano:

Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente.

He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.

Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone.

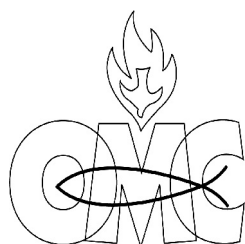
Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del

león.

El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo.

A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Comentario: Posee un tono emotivo el pasaje que hoy se proclama de la carta a Timoteo. Pablo tiene el presentimiento de que su fin está llegando, incluso barrunta que puede ser un final cruento, violento. Habla de su muerte como de una partida, de una marcha de este mundo al cielo, al encuentro definitivo de Cristo. Y sobre todo, habla de su muerte como de un sacrificio o libación. Ésta ha sido su vida: una ofrenda que se derrama como aceite o bálsamo, una donación entregada a Dios quien antes le ha dado todo. Compara luego su vida con dos metáforas: un combate y una carrera. En ambos ejercicios Pablo ha llegado hasta la meta, ha sido fiel y ha mantenido la fe. Por eso le aguarda ahora la corona merecida, el premio que el Señor le entregará "aquel día" o el día de "su



venida". Pero tal premio no es una exigencia que el apóstol se merece, sino una recompensa que Dios da de balde: una corona de vida, una gracia. No sólo a él, sino a todos los cristianos fieles.

Recuerda Pablo su pasado más reciente, cuando todos le abandonaron y nadie le asistió. Se evoca entre líneas la pasión de Jesús, abandonado por todos sus discípulos (como menciona Marcos con pesar: 14,50). El recuerdo está embargado de natural tristeza, pero desprovisto de resentimiento y de toda sombra de rencor. El apóstol, magnánimo, añade: "que Dios los perdone". Pablo sigue experimentando en su debilidad y soledad, la asistencia del Señor que le unge de energía para anunciar íntegro el evangelio. Él es su libertador, lo seguirá librando de todo mal, arrancándolo de las fauces del león. Y acaba esta confesión con una súplica vehemente y confiada en Dios, quien le llevará a su reino del cielo. ¡Qué hermoso ejemplo para todo apóstol y servidor de la Palabra, llegar a vivir y morir como Pablo! "A él la gloria por los siglos". Su entera vida, consagrada al apostolado, y su muerte, entregada como un sacrificio litúrgico, se convierten de manera sublime en un canto de alabanza a Dios.

Del Evangelio según San Lucas 17,11-19

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo." El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador. "

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido."

Comentario: Esta parábola concluye el viaje de Jesús a Jerusalén, propio de Lucas. Desde ahora la narración se unirá al relato común de los sinópticos. Lucas presenta una parábola, que es también exclusiva de su evangelio.

Dos hombres van al templo a orar. Quieren ser justificados, que Dios los escuche, que se muestre benévolo con ellos, los perdone y salve. La parábola está señalada por un tremendo contraste, bifurcado en la bina de los personajes: el fariseo y el publicano.

El fariseo ora en su interior, erguido y bien plantado, como piadoso judío. Pero no mira a Dios ni lo tiene en cuenta, sólo se contempla a sí mismo. Va al templo para mirarse en el espejo de su egoísmo, en un ejercicio retórico de narcisismo espiritual. Su acción de gracias se fundamenta en su

propia justicia y en el desprecio de los otros. Se compara. La comparación con los demás es siempre absurda; o nos sobra (entonces se peca por soberbia) o nos falta (entonces se cae en el complejo de inferioridad). Pero a él siempre le sobra con abundancia. Por eso se hincha de orgullo. No es como los otros. No es la sola enunciaci3n de esta lista de pecadores está mostrando su menosprecia: ladr3n, injusto ni adúltero. Además de cumplir con escrúpulo la ley, va más allá de ella, y realiza obras de supererogaci3n: ayuna dos veces por semana cuando la ley sólo imponía sólo el día de la expiaci3n (Lev 16,29); ofrece el diezmo de todo cuanto tiene, cuando sólo estaba obligado al diezmo de algunos productos (Dt 12,17)... Los demás son una excusa para el desprecio, se convierten en el oscuro tel3n de fondo sobre el que resalta su figura engrandecida. El fariseo est3n tan seguro de sí mismo que en la pr3ctica no necesita de Dios, se siente y se sabe ya salvado. Su piedad se convierte en farsa. El gran pecado del fariseo es su piedad. Un pecado muy difícil de perdonar, porque nunca lo reconocer3 como pecado. Este pecado se llama soberbia religiosa. A veces he pensado por qué los evangelios hablan tanto de los fariseos, cuando eran simplemente unos personajes del tiempo de Jesús, un grupo religioso entre la constelaci3n de grupos que pululaba en Israel (saduceos, escribas, esenios, ancianos...). Pero los evangelios no refieren sólo unos personajes hostiles a Jesús, sino que ponen en guardia sobre una actitud que puede darse de hecho dentro de la Iglesia: el fariseísmo. Un fariseo es alguien que est3 totalmente seguro de sí mismo, que descansa anquilosado en su propia piedad, prescinde de la salvaci3n de Dios y desprecia sistemáticamente a los demás. Para evitar esta actitud, que acecha de continuo a los cristianos, no se cansan los evangelios de insistir en este pecado de orgullo religioso y de desprecio que se llama fariseísmo.

Por otra parte, al fondo del templo, tan retirado que apenas si se descubre... hay un publicano, a quien la mentalidad del tiempo consideraba una persona condenada en vida eran tantos y tan ocultos sus pecados, que ni él mismo podía acordarse de su número. Era imposible la conversi3n para un publicano. Se queda lejos, no se atreve ni a levantar los ojos. Su oraci3n es breve pero intensa. Le sale del alma: "Oh Dios, ten compasi3n de este pecador". La frase es un eco del salmo penitencial por excelencia: 50,3. Sólo puede ofrecer a Dios el "sacrificio de un coraz3n quebrantado" (50, 19) La moraleja final del evangelio afirma que éste baj3 a su casa justificado y no el fariseo. Sólo quien percibe a Dios como misericordia y gracia, y se ve a sí mismo como pecador, pobre y necesitado, puede entrar en el milagro de la redenci3n y de la salvaci3n. Sólo Dios justifica, nunca el hombre.

LA MISA DE HOY

SALUDO

Dios nuestro Padre, fuente de toda bondad y justicia, la entrega y el amor de Jesús y la fuerza de su Espíritu, esté con todos vosotros.

MONICIÓN DE ENTRADA

Al terminar este Octubre misionero no podemos dejar de resumir en este domingo todo lo vivido en torno a la misión de la Iglesia, en torno a Claret, misionero cuyo recuerdo y ejemplo de vida siguen vivos para nosotros después de 200 años de su nacimiento.

Jesús quiere, hoy, alertarnos contra el fariseísmo, contra ese golpe de soberbia que significa considerarnos mejores que los demás. Y sin sencillez, ni humildad, no vamos a conseguir que el Señor nos escuche aunque vengamos a toda hora al templo. La oración, además de constante como veíamos el domingo pasado, ha de ser humilde.

MONICIONES SOBRE LAS LECTURAS

1ª- "Los gritos del pobre atraviesan las nubes hasta alcanzar a Dios", nos va a decir el Libro del Eclesiástico en nuestra primera lectura. Es un texto que nos debe hacer reflexionar sobre la ternura y la justicia de Dios dirigida muy especialmente a los humildes y a los pobres.

2ª- Hay un gran dramatismo en la segunda lectura de este domingo. San Pablo en la Carta a Timoteo escribe ya su testamento y anuncia su "marcha inminente". Al hacer balance de su actividad apostólica sabe poner a Dios por delante de todo y reconocer que es la fuerza de Dios la que actuó en su debilidad.

3ª- La aflicción del publicano por el peso de sus pecados, que nos cuenta Lucas en el Evangelio, es lo que Dios quiere y busca. Hemos de reconocer con humildad nuestras carencias y es lo que hacia el publicano. El fariseo ya ha recibido su paga con su soberbia. Seamos humildes y no confiemos en nuestras fuerzas. Solo la fuerza de Dios nos hará salir adelante.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Que nuestra oración de hoy se eleve más que

nunca de unos corazones humildes y sobre todo agradecidos por lo que ya el Señor nos está dando cada día.

1. Por todos los que representan a la Iglesia institucional en el mundo, para que sepan transmitir la humildad de quien sabe que todo le viene de Dios. Roguemos al Señor.

2. Para que sepamos reconocer en la voz y en la presencia de todos los necesitados al mismo Dios, Justo Juez que nos da la oportunidad de servirle en ellos. Roguemos al Señor.

3. Son muchos los que han sufrido nuestro orgullo como Iglesia en muchos momentos de la historia, que el reconocimiento que hoy hacemos de la figura de Claret en los doscientos años de su nacimiento, nos ayude a buscar hacer todas nuestras tareas desde la sencillez y la mansedumbre que él siempre buscó en su vida. Roguemos al Señor.

4. Que el reconocimiento de lo que Dios sigue obrando por nuestro medio nos lleve a alabarle y pedirle con más afán su espíritu para seguir llevando su mensaje, especialmente a los que no aún no lo conocen o lo han rechazado. Roguemos al Señor.

5. Por nuestra comunidad, para que sea lugar de acogida para todos los que se saben pequeños ante el Señor; para que creemos el clima necesario para que se sientan a gusto entre nosotros. Roguemos al Señor.

Escucha, Señor, la oración que dirigimos con confianza. Por Jesucristo...

CANTOS

- *Entrada:* Surgirá un mundo nuevo (Verbum Dei)
- *Salmos:* Bendecid al Señor, todos los hombres.
- *Abelía:* Canta Abelía al Señor.
- *Ofertorio:* Te daré (Gospel)
- *Santo:* Santo (Moedades)
- *Paz:* Paz en la tierra (Kairoi)
- *Comunión:* Oración del Pobre (Kairoi)
- *Salmos:* Magnificat (Gen Verde)

